

EL ECO DE OCCIDENTE.

PERIÓDICO DE CIENCIAS, LITERATURA Y BELLAS ARTES.

Núm. 7.

Domingo 12 de Setiembre de 1852.

Año 1.º

RECUERDOS RELIGIOSOS.

Ro

HAY una época en la historia de España, en la que se encuentran confundidas las tradiciones poéticas de la antigüedad con las primeras luces del cristianismo; periodo de esplendor y tinieblas que crea y destruye al mismo tiempo; que derriba un ídolo para colocar á un santo, y que empuja á los pueblos conquistadores y sanguinarios para abrir paso á otros llenos de sabiduría y mansedumbre.

Por largo tiempo se habian enseñoreado en los templos y promontorios de la península las impúdicas estátuas de Venus, lanzando miradas de deleite á la humanidad obsecada que se adormecía en su mismo peligro: por largo espacio se habian detenido ante los simulacros las galeras que surcaban los mares, para contestar con sus cánticos profanos á los que repercutian en la soledad de los bosques. No habia poblacion sin su divinidad, ni hogar sin su penate.

La esclavitud de Roma imprimia sus costumbres, sus leyes y su religion á los pueblos conquistados, ingiriéndoles á la vez la savia de su civilizacion; y concediéndoles derechos y prerrogativas les permitia levantar estátuas á sus héroes, y fundir moneda con el busto de sus pro-cónsules.

Pero era llegado el momento en que una doctrina nueva, predicada por hombres inermes, convirtiese al mundo con el ejemplo de la gloria de un martirio, que habia de sorprender la ferocidad del anfiteatro y la potencia de la señora del universo.

Entre los primeros y mas ilustres santos que vinieron á España con el fin de estender el Evangelio, se cuentan siete obispos, que con el báculo en una mano, la frente sudorienta y sostenidos por el espíritu de Dios, traian la mision de derribar las divinidades gentílicas, y sustituir á los cánticos paganos esas dulces y santas plegarias que se entonan en alabanza de la Virgen del cielo.

Uno de estos siete obispos era San Torcuato, el cual se dirigió á una populosa ciudad del pais de los Bastetanos, llamada entonces *Acci*, y hoy

Guadix.

Esta colonia romana, esta hermana gemela protegida de Julia Chamea, bebia en la copa de las livivaciones, apurando los sueños y las sonrisas de la mitología griega. Se ofrecian hecatombas á la Prosperidad, á la Fortuna, al Emperador..... ¡Al Emperador! ¡Era la decrepitud del gentilismo la que sacrificaba en honor de Neron! ¡Era la degradacion y el miedo humano aletargando con incienso é hipocresía el poder mas tiránico!

Con todo, las familias patricias, los temidos guerreros, las mas bellas accitanas, aspiraban los perfumes que se quemaban sobre las aras, y con un religioso respeto aguardaban el golpe del victimario y los pronósticos de los augures para concluir sus fiestas con los mas profanos regocijos. La muchedumbre alborozada se estendia por la floreciente campiña, alternando con los juegos y los cánticos. Nada habia que empañase el regocijo público; léjos de ello, la brillantez del dia, la pureza del cielo, la feracidad y esflorecencia de la tierra convidaban á apurar hasta lo sumo todos los atractivos del placer.

De pronto se susurró entre aquel bullicioso pueblo, que no muy léjos del lugar de los festines se hallaban unos varones desconocidos, pero de un aspecto dulce como el de Júpiter, y respetable como el de Saturno. Empezaron á comentar las nuevas que cada cual exageró y contó á su modo. Quien queria ofrecerles sacrificios como á Dioses, quien honrarse con ejercer los deberes de la hospitalidad, y quien mandarles los dones mas apropósito para que sacrificasen á las divinidades de su patria, hermanos de los titulares de la Hesperia.

Hubó, con todo, curiosos que desechando el respeto y consideracion que se merecian los santos obispos, ya como dioses, ya como estrangeros, se acercaron y no vieron en ellos otra cosa mas que hombres, pero hombres cuyo aspecto les infundia veneracion.

Sin embargo, cuando se engendra duda en el corazon humano y se pone en juego para esclarecerla entre una multitud de inteligencias, resulta la probabilidad, la confusion y el atrevimiento, por que regularmente la limitacion del hombre, cuando desespere de su insuficiencia, corta y destroza.

Dirigianse en tanto los siete obispos á la ciudad; su porte estranero, sus estraños trages, sus modestos modales, su santa tranquilidad á vista de las deslumbrantes fiestas que los habitantes de *Acci* celebraban, ingirió en estos un asomo de dis-

gusto, que tomó pábulo á la sombra del sacrilegio que consumaban los reciénvenidos; porque ¿quienes eran aquellos seres que ni saludaban á sus divinidades, ni doblaban la rodilla delante de sus altares?

Esta falta de respeto hizo que desapareciese la aureola de misterio y respeto que cercara á los ilustres obispos, apareciendo como unos profanos, cuya presencia manchaba la festividad.

El pueblo, entonces, mugió como un leon, desvandándose cual una manada de tigres deseosos de devorar su presa.....

Pero esta presa escogida por Dios allá en los eternos decretos para cumplir sus altos fines, volvió la espalda á sus perseguidores, y estos, animados con tan repentina fuga, se precipitaron en pos de ella dando feroces ahullidos.

Cercano á Acci se levantaba un puente de sólida estructura y admirable magnitud. Por su arcada se deslizaba una impetuosa corriente, sonriéndose con el verdor de los bosques que la circundaban, y el tímido y silencioso perfume de las flores, que ni aun rozaba los pequeños remansos de sus orillas.

Atravesaron los santos el puente, y los habitantes de Acci, próximos á lograr su objeto, se agolparon á él sin recelo alguno.

Pero el dedo de Dios habia tocado la obra de los hombres, y el ángel de la muerte con el rostro vuelto, señalaba las víctimas cuya hora estaba para sonar.

El puente gimió bajo el insignificante peso de algunos hombres, y con horrísono estrépito desquiciose la sillería, hiriendo las aguas.

Muchos accitanos fueron arrebataados por las ondas, los demas retrocedieron con espanto á guarecerse á sus hogares.



La insuficiencia humana abandonada á sí misma ó guiada por las luces de una razon subyugada por la fantasía, es un caos en donde nadie se distingue; es una confusion en donde se aumenta ó disminuye segun el capricho ó las ideas del momento.

Y en esta lamentable divergencia; en este estado, semejante al que ocupa una multitud donde todos hablan segun su propio impulso, sin adherirse á la voluntad de uno, hay una perplegidad espantosa y capaz por sí sola de reducir al hombre al término mas vago; á la nada.

Testigos los accitanos del portentoso hecho que acabamos de referir, no habian podido coordinar una idea. Para ellos son los extranjeros nuevos dioses á quienes deben aplacar con suntuosos sacrificios; para otros no merecen tan alto puesto, pero sí el de hijos predilectos de la Divinidad, y por ello es necesario aplacar la fulminante cólera de Júpiter; quien ha visto abrirse los bosques á su paso y florecer repentinamente los campos; quien se ha deslumbrado con el fulgente resplandor que los circunda; quien no ha podido resistir el fuego de sus miradas, y quien se ha prosternado ante su terrible presencia.

No han encendido las nubes ni conmovido con horrísono estruendo los ejes del cielo para mandar

rayos forjados por Vulcano; no han sustentado un monte ni ahogado á Anteo como Hércules; no han hecho venir el carro seguido de las furias y de las parcas que hace terrible á Marte; ni herido con un tridente las aguas del rio, para que movidas por los vientos se agitasen en inmensos torvellinos..... Nada de esto han hecho, y sin embargo les cubre algo de temible prestigio; pues con una mirada, una mirada desapercibida para muchos, han destruido una obra tan fuerte y grandiosa como el puente romano.

Con todo; algunos referian que al acontecer la catástrofe habian notado en los extranjeros una expresion compasiva y sublime..... compasion divina que cautivó á la multitud.

Estas observaciones aquietaron algun tanto los ánimos.

Los mas confiados quisieron correr á su encuentro y ofrecerles ramos del árbol consagrado á Minerva, pero la multitud se opuso.

La huida ó retirada de los santos no era hija de miedo del hombre; era el horror de un Dios desconocido que lamentaba de nuevo las debilidades de los hijos de la filosofia griega. ¿Y cómo habian de agradar á aquella divinidad cuyo patronato peculiar era ignorado?

Entre la duda que atrajo esta nueva dificultad, asomó un rayo que la disipó.

—Ofrezcámosles, dijeron, todos los dones conocidos, y encontraremos el que les sea mas agradable.

Dispersóse en seguida la multitud, perdiéndose entre la fragosidad de los matorrales y espesos bosques que en aquella época cercaban las murallas de Acci.

De allí algun tiempo se fué reuniendo de nuevo. La repentina aparicion de los extranjeros habia cundido hasta las márgenes del Fardes, en las cuales se levantaban suntuosos edificios, formando estos una colonia distinta, hermana de la principal, aunque es tambien probable que estuviesen enlazadas por magnificas vias sembradas de monumentos y columnas.

Acudieron hombres y niños prontos á sacrificarse si la divinidad fuese propicia. Cuarenta jóvenes accitanas, de vestidos lijeros, hermosa cabellera y dulce mirar ensayaban una danza voluptuosa, armadas de agudos puñales para reproducir una extraordinaria fiesta panatenea en honor de Minerva. Sus padres las miraban con rostros lastimeros y taciturnos; sus madres las contemplaban con seno palpitante y ardientes lágrimas. ¿Cuál de aquellas seria la menos casta? ¿Cuál pasaria la primera la barea de Caronte?

Allí se habian reunido los cabritos y corderos sin mancha, que siempre fueron agradables al cielo; los toros blancos y las ovejas y cabras que causaran á la nieve celos, con sus pieles albas y cuernos dorados como víctimas amadas de Júpiter: la hecatombe de cien bueyes y las cabras de las Lupercales, gratas á Juno; el caballo querido de Neptuno; el toro y el macho cabrío, el carnero, el pollino y el perro que sacrificaron los romanos, los larios, los husitanos y los escitas para aplacar los fureros de Marte.

Los toros, las cabras y ovejas negras como la

noche, caminaban de dos en dos, y tras de estas víctimas, condenadas á morir sin que les tocara la mano del sacerdote, iban en carros braseros candentes donde habian de consumirse para aplacar al airado Pluton. En fin, las lúbricas y desgredadas bacantes, los desnudos gladiadores, los guerreros y los patricios cerraban el cortejo que habia de presentarse á los antes perseguidos y ahora respetados extranjeros.

De este modo caminaron largo tiempo, hasta que allá á lo lejos los vieron humillados. Poco despues hirió sus oídos un cántico extraño, pero mas suave y encantador que las armonías escapadas de la flauta de Pan y la lira de Orfeo.

Entónces se adelantaron los mas ancianos patricios y veneradas matronas para consultar la voluntad de aquellos seres que encantaban la tierra, y quedó la multitud con los ojos fijos en la respetable diputacion.

Ignórase lo que pasára entre los santos y los enviados, pero es lo cierto que bien pronto se recibió la órden de que sacrificadores y víctimas volviesen á la ciudad.

GUMERSINDO GARCIA VARELA.

(Se continuará.)



Tenemos el gusto de insertar á continuacion una bellísima poesia de nuestra apreciable amiga la señorita doña Eugenia Marin del Castillo, distinguida poetisa de la corte, que nos ha honrado ofreciéndose nuestra colaboradora, cuya invitacion acogemos desde luego llenos de satisfaccion.

A UNA FLOR.



Flor solitaria, que enfermiza creces en arenoso y árido desierto, y que tu puro cáliz entreabierto del trópico marchita el ígneo sol: Flor desdichada, que jamás te meces de blandas brisas al besar amante, sino del *simoun* fuerte y gigante al empuje soberbio y destructor:



Nunca los lábios puros de una bella, besarán de tu cáliz los primores, ni tus gratos, balsámicos olores en éstasis divino aspirará: No en sus cabellos hechiceros, ella ostentará tus purpurinas hojas; nunca tus tintas, cual la grana rojas, un envidioso amante mirará.



Si eres la mas hermosa de las flores, la gloria no tendrás de que lo vean;

y otras que menos seductoras sean, se mecerán en májico jardin.

Y serán envidiados sus colores, y serán elegidos sus perfumes, mientras tú, pobre flor, ahí te consumes, condenada al olvido y á morir.



Monótona, ignorada, insoportable, pesada, oculta, mústia y abatida, el mundo cruzarás que llaman vida, sin tu existencia nadie conocer:

Y al llegar á la hora inexorable de morir; pues que tal es nuestra suerte, nadie te llorará; por que tu muerte será ignorada, cual tu vida fué.

EUGENIA MARIN DEL CASTILLO.

Madrid 2 de Setiembre de 1852.



UN PASEO POR EL MAR.

(Véanse nuestros números 3, 4, 5 y 6.)

V.

Hay hechos en la vida que no se conciben perfectamente hasta que la reflexion domina nuestras potencias.

Al pronto creí que soñaba.

La pobre muger á quien hacia un regalo de inmensa importancia para ella, despues que lo hubo besado mil veces y estrechado otras tantas contra su corazon, quedóse inmóvil y pensativa.

Entonces arrastrado por una curiosidad estraña la miré con profunda admiracion.

Era una niña de quince á diez y ocho años, rubia, alta, rostro ovalado y hermoso, y un cútis trasparente. Tenia, tanto en su talle como en sus maneras, una magestad fantástica que me la presentaba cual una de esas creaciones de la antigua Germania aparecidas á los cazadores á la luz de la luna..... ¡Oh!, fuera de sorpresa ó de emocion, sentí que me faltaba aire para respirar.

—Gracias..... gracias, me dijo con su acento dolorido. Vos, sin duda, sois el único que teneis lástima de esta infeliz.

—Señora, solo he cumplido con un deber. Conozco que sufrís mucho, y quisiera poder calmar en algun tanto vuestros pesares.

—¡Imposible!

—Esa palabra es de desesperacion.

—¿Qué quereis que diga? Acabo de perder á mi madre, el único ser con quien estaba ligada en la tierra. Una peste horrible ataca sin cesar á todos los que vamos dentro de esta fragata; estamos espuestos á perecer á impulsos de una borrasca; á

cualquier puerto que nos acercásemos nos des-
pedirían á cañonazos..... Oh!, esta situación es hor-
rible para la que no tiene padres, ni hermanos, ni
patria, ni porvenir.

El acento angustioso de aquella hermosa y des-
venturada niña, hizo que mis ojos se llenasen de
lágrimas.

—Tranquilizaos, señora, exclamé, unas circuns-
tancias inesperadas me han hecho entrar á bordo
de esta fragata; decidme lo que quereis y haré to-
do lo posible por complaceros..... Estamos cerca
de España donde tengo familia y.....

—¿Luego no sois de la tripulación?

—Ni pasajero siquiera.

—¡Bendito seas, Dios mío! exclamó aquel án-
gel con religiosa exaltacion. Sin duda la sombra de
mi madre os ha enviado á que seais el amparo de
su hija.

—Si es que intentais honrarme con vuestros se-
cretos, sabed señorita que los guardaré con respec-
toso reconocimiento.

—Debo hacerlo..... cada instante que corre
es un abismo que se abre á mis pies..... Oidme.

La jóven derramó una mirada recelosa en tor-
no del camarote, y yo me dispuse á escucharla
mientras bramaba la tempestad por la parte es-
terior.

—Hace mes y medio, dijo, que recibí mi ma-
dre cartas del cónsul de Austria en Nueva-Orleans,
participándole la muerte de un pariente que le ha-
bia dejado todas sus riquezas. No eramos ricas, y
tuvimos que prepararnos á la marcha, pues de lo
contrario, trascurrido cierto tiempo, perderíamos
todo derecho á la herencia. Acababa de llegar de
Constantinopla la fragata ANPHITRITE, al mando
del capitán Spandaw, y como quiera que salia en
seguida para el istmo de Panamá, tomamos nues-
tro pasaje y nos hicimos á la vela desde Trieste.
Los primeros dias de navegacion fueron felices,
hasta que acercándonos al Mediodia, principió á
desarrollarse en la fragata una peste espantosa, el
vómito negro, cuyo gérmen habia traído del
Oriente. Cada dia devoraba el mar una ó dos víc-
timas. Unióse á esta fatalidad otra para mí mas
terrible. El capitán Spandaw habia fijado sus ojos
en mí, y desde luego me manifestó una pasión re-
pugnante y condenada por la religion..... ¡Oh! á
no ser por mi madre, mi honor hubiera sido ho-
llado por la brutalidad de ese hombre sin alma
y sin corazón. Dos pobres mugeres indefensas,
abandonadas en medio del mar á los caprichos de
un bárbaro..... ¡Cuánto hemos sufrido! Pero Dios
se dignó herir á mi pobre madre con la horrible
epidemia que nos amenaza, y en pocos momentos
me quedé sin ella..... Ya sabeis todo lo demás.
¿Qué vá á ser de mí, si no encuentro un corazón
compasivo que me proteja?

—Oh! no temais, exclamé enardecido por aque-
lla sencilla narracion tan llena de sentimiento. Dios
no olvida á sus criaturas..... Si habeis perdido
á vuestra madre, en mí encontráis un amigo.
Haré que desembarqueis conmigo en España; os
sacaré de esta fragata maldita, y despues ya ve-
remos el medio de que vayais á recoger esa heren-
cia de que me habeis hablado.

Por un momento pasó por aquella frente pura

un relámpago de felicidad.

—¿Quién sois, me preguntó juntando las ma-
nos sobre su palpitante seno, que tan noblemente
quereis proteger á una infeliz estrangera?

—Me llamo Jacinto Arellano; soy capitán de un
regimiento que está de guarnicion en Africa.....
pero esto nada importa; soy únicamente una per-
sona llena de sentimientos nobles y generosos.

—Mi nombre es Clotilde de Heildeberg, con-
testó la niña vertiendo lágrimas de reconoci-
miento.....

—Es decir, que si habeis perdido á vuestra
madre, en mí encontráis un hermano, repliqué con
fé y entusiasmo.

Tan cierto es que el idioma de la desgracia
enardece el corazón mas insensible.

Clotilde, hizo un ademán como si quisiera be-
sar mis manos; yo la contuve y la llevé á uno de
los divanes de la cámara.

—Señora, le dije, tantas emociones habrán ago-
tado vuestras fuerzas. Descansad..... sin temer
al capitán Spandaw. Nunca nos abandona el ángel
de nuestra guarda, y en él confío que nos sacará
con bien de esta espantosa borrasca.

La niña me obedeció y quedó dormida: yo ve-
lé una hora el sueño de aquel ángel, hasta que ce-
diendo al movimiento del buque cerré los ojos y
me entregué al descanso.

(CONTINUARÁ.)

El Puente del Diablo.

(CONTINUACION.)

VI.

Donde verá el curioso lector que es mas
fácil entrar que salir en toda clase de
negocios.

....—Mortal desdichado que en pos de un conjuro
caminas, tentado de Dios la bondad,
detente y no toques el fúnebre muro
do reina el misterio, do nada es verdad.
¡Mas no! Tú no quieres.... Doliente sea el llanto
que abraza tus ojos y seque tu amor.....
Ponzoña se vuelva tu lúbrico encanto.....
Tus goces supremos en fiero dolor.

.....
Tal vez son de un ángel felices consejos
estos que en el pecho resuenan por fin,
tal vez son del cielo dichosos reflejos,
que loco é insensato desprecia Antolin.

De inmenso delirio la frente abrasada,
la vista brillante cual rojo carbon,

satánica risa, la tez apagada,
la sangre suspensa sobre el corazon;

Así se aproxima con paso ligero
llevado en las alas del ronco huracan,
hácia el edificio fatal y altanero,
morada terrible del mágico Illan.

Del cielo ha brotado relámpago ardiente,
que brilla en las nubes con blanco esplendor,
y súbito un eco resuena doliente,
cual grito angustioso, cual triste clamor.

Descienden danzando con rápidos giros,
estrañas figuras que vienen y van;
gnomos y duendes que lanzan suspiros,
grotescos abortos hijos de Satan.

Y cercan al lego que marcha adelante
formando asqueroso y horrible monton,
le asedian é impelen con risa insultante,
le animan al paso con lenta cancion.

Se agitan sus alas impuras,
hacen gestos de incierta embriaguez,
de amorosas y gratas dulzuras,
que envenenan y matan tal vez.
Se burlan del hombre atrevido,
se mofan del necio galan,
se agrupan con paso encogido,
defendiendo la torre de Illan.

Presagos son del delito;
bustos gorgónicos son,
que en el espacio infinito
lanzan fatídico grito
con horrenda confusion.

Y en largas escobas
ginetes ardientes,
cabalgan inmundos,
con loco placer.
Las brujas se agitan
con risas vehementes;
mil ecos profundos
resuenan do quier.

Ráuda centella,
con rojo fuego,
torrentes vierte
de inmensa luz;
Brilla en la torre,
que el pobre lego
de miedo inerte
mira al trasluz.

Y á la puerta
llega y llama.....
solo el eco
respondió.
Nada admira
á aquel que ama,
cuando hueco
repitió,
el sonido
vagoroso
y temeroso,
que á lo léjos
retumbó,
en largo
triste
son.....

Mas la puerta con lúgubre chirrido
lenta sobre sus ejes fué girando,
y en el fondo un mortal encanecido

hácia el dintel con pausa fué avanzando.

Negro ropon su talla levantada
con ondulantes pliegues envolvía,
y de su vista hueca y azulada
incierto fuego sin cesar salía.

Allá en la estancia en confusion dudosa
brillaban instrumentos y figuras,
que en la del lego mente pavorosa,
bailaban adoptando mil posturas.

Calaveras de hombres y alimañas,
mónstruos inmóviles, libros y amuletos,
pinturas, geroglíficos y estrañas
sombras tal vez de blancos esqueletos;

Esferas, alambiques; disecadas
aves nocturnas de brillantes ojos,
redomas de agua y fetos atestadas,
del crimen y el dolor tristes despojos;

En horrible y diabólico conjunto
todo lo vió Antolin en un instante,
y aunque estaba mas blanco que un difunto,
léjos de huir marchó para adelante.

(CONTINUARÁ.)



NO HAY DICHA SIN AMOR.

(Véase nuestro número 6.)



Bueno será que aclaremos ahora algunos antecedentes para comprender el asunto de nuestra historia. El jóven Enrique de Monte-Cruz, hacia bastante tiempo que aparecia como una persona notable en todos los salones de la corte, y en los círculos borrascosos de la política. Su carácter franco y sin tacha le habian proporcionado amigos en todas partes, y de todas partes era conocido. Pudiera decirse que su alma encontraba un placer en gozar de todas estas circunstancias sociales. Libre su pensamiento hasta el momento en que conoció á Maria, nada habia detenido el torrente de sus afecciones, sino esta linda muger. Maria fué para él un sol aparecido despues de una noche tempestuosa; una grata esperanza enmedio de la monotonía de su vida; una sílfide, emanacion divina de su fantasía; una Salamandra, vision de fuego de su alma. Maria llegó á amar tanto como era amada, sin mas esperanza que amar y vivir bajo la influencia del amor.

Así habian pasado muchos dias, cuando en uno de ellos se presentó Maria con semblante sombrío y melancólico ante los ojos del jóven enamorado. En vano procuró investigar aquel el origen de la tristeza que sombreaba la frente de su amada. Allí detras existia un libro imposible de leer. Empero

la costumbre fué mitigando aquella ansiedad, el cariño la hizo desaparecer del todo, y aquella mujer siempre fué la misma, llena de amor, delirio y entusiasmo.

Estos violentos trastornos del corazón habían marchitado las frescas rosas que cubrían sus lindas mejillas; sin embargo hay cierta palidez mate, cierta vislumbre sentimental, cuyo colorido solo el amor puede darle, y cuyo reflejo solo puede herir al mismo tiempo de ser visto, á quien ama como Enrique.

—Sé mia, dijo una vez el jóven enmedio del torvellino de fuego que abrasaba su alma. Sé mia, repitió, ó dame esperanza de que no serás de nadie. Cuando se venzan las dificultades que se oponen á nuestra dicha, cuando yo pueda publicar nuestro amor, hacer alarde de mi felicidad, engalanarme con la posesion de tus encantos, entonces seré el mortal mas dichoso.

—Seré tuya, contestó la dama, sí Enrique mio, seré tuya porque mi voluntad es complacerte, y ningun sacrificio hago en correr los azares que nuestro porvenir nos presente.

Estas enardecidas palabras hicieron nacer un diluvio de gozes inolvidables, cuyo recuerdo queda siempre estampado en los corazones de todos los amantes que se han profesado un cariño igual.

Desde entónces Enrique y Maria se amaron con mayor entusiasmo.

NO HAY DICHAS SIN AMOR

Las horas de la felicidad son fugaces como la luz de un meteoro. En los bordes de la copa de la vida se encuentra esa ventura pasajera y engañadora, fosfórica fantasma que se desliza tal vez para no volver jamás. Y apesar de que nosotros queremos detenernos en contra de la corriente que nos impele ¿porqué hemos de ser llevados si nuestra voluntad no nos impulsa? ¡Fatalidad humana! Subyugados por los acontecimientos de la existencia, hé aquí lo que nos resta, suspirar por los gozes de ayer y anhelar tal vez la tempestad de mañana.

Enrique veía hacerse mas melancólico de dia en dia el carácter de su idolatrada Maria, la grata sonrisa de sus labios se habia convertido en una contraccion airada y misteriosa, sus palabras de amor eran oscuras y ambiguas, y sin embargo, en todas sus acciones se descubria mucha mas pasion que al principio.

¡Cómo esplicarse aquel misterio! Allí se descubria una lucha horrosa y cruel que la atormentaba sin cesar; una mano invisible parecia empujarle para adelante, mientras que ella se resistia á aquel extraño poder. Todo aquello aparecia terrible para Enrique y funesto para Maria.

Era llegada la hora en que acostumbraban á verse, hora de quietud y soledad.

Melancólico rayo de menguante luna penetraba hasta el centro de la estancia donde estaba entregada á profundas meditaciones la angelical Maria. Ante su encantadora vista, mil descoloridas vislumbres

pasaban al traves de una atmósfera serena y de un cielo nacarado, mientras que cualquier sombra, por leve y lijera que fuese, la inquietaba haciendo latir su corazón de una manera violenta.

En tanto Enrique, á cuya vista no podia ocultarse la transformacion de su amada, decia oprimiéndose el corazón. Necesito saber ese secreto que guarda en su interior, puesto que yo no podré ser feliz á no ser que ella tambien lo sea. Yo quisiera poder dominar mis deseos, pero todo lo olvido cuando pienso en ella. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Cómo he de sondear su corazón para comprender lo que en él pasa? Hace muchos dias que la veo triste, distraida, que su pensamiento se extravía, y que su mano tiembla cuando oprime la mia. ¿Qué misterio es este? Nada he podido averiguar.....

Maria en tanto aparecia llena de inquietud; el jóven Enrique de Monte-Cruz no habia parecido siendo la primera vez que faltaba á su lado.

En la vida del hombre son terribles las tempestades que la amagan, y mortíferas las influencias que la combaten. Enrique de Monte-Cruz se veia precipitado á ese abismo inconmensurable, cuyo mañana es dudoso, á esa esperanza vaga que alimenta el desgraciado, y á esa incertidumbre, hija de un corazón amante. Circunstancias inexplicables le habian sepultado en una prision, sin poder noticiar tan fatal nueva al objeto de su amor, por la incomunicacion en que estaba. La orden de destierro le fué dada, y ya era inevitable el tener que alejarse de su adorada sin saber donde iba, ni cuándo habia de volver. ¿Pero por qué este golpe inesperado? Un tupido lienzo cubre aun tan mortífera disposicion.

La noche misma en que ocurría esta escena fué desesperada, borrascosa, horrible para los dos amantes. El uno veía huir la felicidad entera porque se acercaba el momento de la separacion. La otra..... lloraba la tardanza de su amante, de quien se habia separado el dia anterior.

Cuando la luna se posó como una paloma misteriosa en los confines del horizonte, Maria se entregaba al tormento irresistible que la devoraba.

Era de dia y Enrique no habia parecido.

Descansaba Maria del insomnio pasado, y ya habian sonado las diez de la mañana en todos los relojes de la capital, cuando entró en la habitacion de la hechicera jóven la doncella de su confianza, anunciándole la visita de un desconocido. Aunque la hora parecia intempestiva, dióle importancia á la presentacion de aquel á quien se dispuso á recibir apesar de la agitacion de su espíritu; para ello se trasladó prontamente á una sala inmediata, por cuyos entreabiertos balcones penetraba un ténue rayo de sol, y una fugaz y embalsamada brisa.

En esta disposicion esperó á la persona anunciada.

La puerta se abrió con lentitud y penetró en la estancia un jóven oficial. Al verlo Maria dió un pequeño grito, mas bien de espanto que de placer, porque la presencia del caballero indicaba algun desagradable acontecimiento.

La seriedad del desconocido, su melancólico mirar, decían al corazón de Maria la negra bor-

rasca que iba á anunciarle; su espíritu no estaba tranquilo. Sin embargo, era preciso apurar hasta las hezes aquel cáliz de sufrimiento.

El jóven se adelantó, quedándose en pié delante de la dama.

—Soy portador, Señora, de una carta que no os debe apurar en mi concepto. El jóven Enrique de Monte-Cruz es conducido á Andalucía en una silla de posta; las causales que han dado lugar á este contratiempo le son desconocidas, y creo que pronto hará patente su inocencia.

—Sentaos, caballero, interrumpió la desconsolada jóven, podeis despues continuar.

—Con vuestro permiso; y el militar ocupó una de las butacas que en derredor de un confidente estaba colocada.

—Al marchar, Señora, mostró un grande interés en que pusiera en vuestras manos este escrito tan pronto como se ausentase de la coronada villa; cumplo gustoso mi comision por complacerle, pero mi corazon está destrozado al comprender lo que padeceis.

Maria evitaba las miradas de aquel jóven, y le faltaba el valor para apoderarse del escrito que le alargaba. Un rayo sombrío cruzó por su frente.

El caballero se despidió cuando había terminado su cometido.....

Decia la carta.

«Muy amarga debe ser para tí la fatal nueva que voy á confiarte: terrible por que eres el ángel de mi existencia y en quien adoro como á una divinidad; y espantosa para mí que me precipita á una senda llena de espinas. He sido preso é incomunicado: las causas me son desconocidas, y mi único pesar es el desconsuelo en que vas á quedar. No es mia la culpa de este contratiempo, el cual ha descompuesto todos mis planes. Bien sabes, muger encantadora, cuánto te he amado... ahora te adoraré mas, te llevaré grabada en mi corazon como una preciosa imágen, y si la suerte ó el destino me arrastra á un cúmulo de infortunios, tendré el consuelo de murmurar tu nombre sin cesar! Bien sabes que siempre has sido la señora de mi alma, que cuando el horizonte se cubria de las pesadas sombras de la noche, cuando brillaba el dorado astro de los cielos, cuando gemia el aquilon y bramaba la tempestad, no he visto sino á mi Maria como una emanacion sublime descendida del trono celestial. Adios, Maria..... dulce esperanza de mis sueños de amor..... Adios, hermosa flor de la primavera de mi vida!!! quiera el cielo que seas feliz; en cuanto á mí él decidirá de mi suerte.

ENRIQUE.

Maria tembló como una paloma perseguida por el milano, y se llevó las manos á los ojos como para borrar de su mente las palabras que acababa de leer.

Sola quedó en su morada como la luz de un fanal moribundo, sin poder articular un melancólico *Adios*.

¿Se volverán á reunir alguna vez estos amantes desgraciados? Solo el cielo lo sabe.

MANUEL MARIA HAZAÑAS.



Pocas princesas han ejercido un imperio mas absoluto en el ánimo de los reyes que Maria Adelaida de Saboya, esposa del duque de Borgoña, en el de Luis XIV.

Era el consuelo de este monarca, que á los setenta y tres años de edad se veia abatido, sin elementos para contener la guerra universal que él habia fomentado, y sin otra esperanza que un antiguo guerrero digno de su época y de su nombre... El mariscal Villars.

Los dolores de la vida se duplican á la vejez: Dios reserva un castigo providencial á esos géneos de la fortuna que han hecho pedazos á la espantada humanidad bajo las herraduras de sus corceles, y ha dispuesto mezclar á la hiel de la agonía los sufrimientos mas espantosos.

Luis XIV veia que los imperiales invadian su territorio, y que Eugenio, uno de los grandes capitanes enemigos, habia lanzado la amenaza de llegar hasta Versalles con la tea en la mano. Toda la Francia aterrada solo pensaba en huir, sin acordarse que pisoteaban muchos años de gloria, muchos nombres ilustres.

El viejo rey oia el clamor de sus vasallos, pero esto no era suficiente para hundir su orgullo. Era preciso herirlo en el corazon.

La muerte se apoderó de su familia.

Primeramente sucumbió el Delfin: luego murió el hijo de este, príncipe ardiente que hubiera conciliado tal vez la felicidad de la Francia y de la Europa: al mismo tiempo espiraba su esposa Maria Adelaida de Saboya, princesa amable que jugaba con el viejo Luis, haciéndole mil caricias y trastornándole sus papeles, como si fuera un duende bullicioso; y por último tambien falleció el primogénito de este matrimonio.

En estos momentos de inmenso dolor, presentósele el mariscal Villars, dispuesto para marchar á contener á los imperiales.

—Veis á lo que me veo reducido, le dijo el rey con voz angustiada. Pocos casos presenta la historia de una pérdida como la que he experimentado. Dios me castiga, lo he merecido; eso ménos sufriré en el otro mundo. Pero demos trégua á los dolores que causan mis desgracias de familia, y evitemos las del reino. Os entrego las últimas fuerzas, y con ellas la salvacion del estado. Conozco vuestro celo y el valor de mis tropas; sin embargo, la fortuna puede serme contraria. Si esto sucediese, ¿qué partido os parece debia adoptar respecto á mi persona?

El mariscal quedó pensativo.

—No me admira, prosiguió el rey, que no me contesteis al momento; pero mientras me decís vuestra opinion os diré la mia. Los cortesanos desearian que me retirase á Blois, sin esperar á que se acercase á Paris el enemigo, como inevitablemente lo haria si fuese derrotado mi ejército. Sin embargo, no consentiré nunca en que los imperiales se acerquen tanto á mi capital. Sé que ejércitos tan considerables no son nunca derrotados has-

ta el punto de poderse retirar la mayor parte del mio al Soma. En caso de un reves iré á Perona ó á San Quintin; reuniré las tropas que me quedan, para hacer con vos el último esfuerzo, y pe- recer juntos ó salvar al estado.

En seguida le mandó marchar contra el enemi- go y presentarle la batalla.

—Pero, Señor, es vuestro último ejército, ob- servó Villars.

—¡No importa! No exijo que batais al enemigo, sino que le ataqueis. Si la batalla se pierde escri- bídmelo en particular. Montaré á caballo, atravesaré á Paris con la carta en la mano. Conozco á los franceses: os llevaré doscientos mil hombres, y me sepultaré con ellos bajo las ruinas de la monarquía.

Hízole el rey un ademan solemne, y el maris- riscal salió seguido de la victoria que no tardó en conseguir en Denain.

¡Tan cierto es que no hay mayor grandeza que la que emana de la desgracia!

—
Máximas y pensamientos.
—

El que cree tener diez amigos, no tiene ninguno.

MALESHERBES.

Querer olvidar á cualquiera, es acordarse de él.

LA BRUYERE.

¿Quién es el que miente mas?—El que habla mas de sí mismo.

PROVERBIO CHINO.

Jamas es mas necesario el talento, como cuando se tiene que lidiar con un tonto.

IDEM.

Las injurias son las razones de los que no la tienen.

J. J. ROUSSEAU.

Es sensible que en este mundo sublime, el pla- cer sea un pecado, y algunas veces el pecado un placer.

(LORD BYRON.)

La ciencia es un abismo al que se debe bajar con prudencia.

JORGE SAND.

La carne tiene su origen de una arcilla infla- mada.

LORD BYRON.

La pobreza carece de muchas cosas; la avaricia de todo.

LA BRUYERE.

Por poder freir un huevo, quemará un egoista vuestra casa.

CHAMFORT.

Todos se quejan de su mala memoria y ningun- o de su mal juicio.

LA ROCHEFOUCAULD.

Un necio erudito, es mas necio que un necio ig- norante.

MOLIERE.

Mas fácil es abstenerse que contenerse.

FONTENELLE.

Los celos son el mayor de todos los males, y el que menos compasion inspira á quien los causa.

LA ROCHEFOUCAULD.

—
La abundancia de materiales no nos permitió in- sertar la solucion á la charada del número 5, y lo hacemos en este otro.

Tambien sentimos mucho no poder colocar las composiciones que nos han remitido con la solucion á la del número anterior, pues son seis las poesias que tenemos á la vista, y no creemos justo insertar una con desaire de las demas, pues todas están au- torizadas por amigos y por suscritores á quienes les debemos consideracion.

Solucion á la charada del numero 5.

AROMA.

Solucion á la charada del numero 6.

ZARAGOZA.

—
7.ª CHARADA.
—

Mi primera y segunda (así lo escribe la antigua historia del linage humano) es la primera, y aunque muerta vive, siendo á las ciencias foco soberano.

Mi tercera es segunda y viceversa mi segunda es la cuarta: así te esplico lector amado la espresion diversa de dos hijas de un arte noble y rico.

Mi segunda y mi cuarta es una estrella... ¡Qué bobada! ¡Pardiez! Eso es mentira; ni estrella ni candil es la luz bella que en el negro horizonte ardiente gira.

Tambien miento un poquillo... No, no es eso; mi segunda y mi cuarta es un.... gigante delgado, pero siempre altivo y tieso; y aunque es de piedra salva en el instante,

Mi todo es arquitecto en obras vário, que fabrica con tino y con paciencia, y no es preciso sepa el silabario para ser un artífice en su ciencia.

Se suscribe á este periódico en la im- prenta calle del Laurel, número 129, al precio de 4 reales al mes en Cádiz, y 5 fuera, franco el porte.